

Waterloo

BERNARD CORNWELL

Waterloo

La historia de cuatro días,
tres ejércitos y tres batallas

Traducción de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Waterloo*

Ilustración de cubierta: «Scotland forever», Lady Butler, 1881, Leeds Gallery

Diseño de la cubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: junio de 2015

Original published in the English language by Harper Collins Publishers Ltd. under the title
«Waterloo»: The History of Four Days, Three Armies and Three Battles

Illustration © individual copyright holders

Mapas creados por Martin Brown

Diseño de Tom Cabot/Ketchup

Créditos de ilustraciones:

Se han realizado todos los esfuerzos tanto por el autor como por el editor para localizar a los propietarios del material utilizado en este libro y de las imágenes reproducidas en él. Aun así, cualquier notificación que reciba el autor o el editor por cualquier error u omisión será corregida en la siguiente reimpresión de la obra.

© de la traducción: Tomás Fernández Aúz, 2015

© Bernard Cornwell, 2014

© de la presente edición: Edhasa, 2015, traducido bajo la licencia de Harper Collins Publisher Ltd.

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Av. Córdoba, 744, 2° piso, unidad C

C1054A ATT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-2736-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 12371-2015

Impreso en España

Para John y Sharon Martin

Individual Copyright holders

BRIDGEMAN IMAGES: p. 35: National Gallery, London, UK - p. 36: (top left) Louvre, Paris, France / Giraudon; (top right) Musee de l'Armee, Paris, France / Giraudon; (bottom right) Musee National du Chateau de Malmaison, Rueil-Malmaison, France / Giraudon; (bottom left) Royal Collection Trust © Her Majesty Queen Elizabeth II, 2014 - p. 37: (top) Musee de l'Armee, Brussels, Belgium; (bottom left) De Agostini Picture Library / G. Costa - p. 58: (top) The Trustees of the Goodwood Collection - p. 77: Private Collection / Giraudon - p. 78/9: (top) Private Collection / The Stapleton Collection; (bottom) Musee de l'Armee, Brussels, Belgium / Patrick Lorette / Giraudon - p. 101: (top) Private Collection / The Stapleton Collection; (bottom right) Private Collection / © Look and Learn - p. 102: (top left) Private Collection / The Stapleton Collection; (bottom) National Gallery of Victoria, Melbourne, Australia - p. 103: (top) Private Collection / The Stapleton Collection; (bottom) Brown University Library, Providence, Rhode Island, USA - p. 129: Private Collection / Photo © Mark Fiennes - p. 130: (top) Private Collection / The Stapleton Collection; (bottom right) Château de Versailles, France; (bottom left) Musee du Val-de-Grace, Paris, France / Archives Charmet - p. 131: (top left) Private Collection / Photo © Christie's Images; (top right) © The Bowes Museum, Barnard Castle, County Durham, UK; (bottom) Private Collection / The Stapleton Collection - p. 151: (top) Private Collection / The Stapleton Collection; (middle) R.S.A.F. Enfield Lock, Middlesex, UK - p. 152: (top) Musee des Beaux-Arts, Bordeaux, France / Giraudon - p. 153: (top) Château de Versailles, France; (bottom) Private Collection / The Stapleton Collection - p. 177: (middle) National Army Museum, London; (bottom right) Musee des Beaux-Arts, Reims, France / Roger-Viollet, Paris; (bottom left) © The Bowes Museum, Barnard Castle, County Durham, UK - p. 178/9: Private Collection - p. 202/3: Leeds Museums and Galleries (Leeds Art Gallery) U.K. - p. 204: (top) © Samuel Courtauld Trust, The Courtauld Gallery, London, UK; (bottom right) Royal Collection Trust © Her Majesty Queen Elizabeth II, 2014 - p. 235: (top left) Private Collection / Topham Picturpoint; (bottom) National Army Museum, London - p. 254: (top) Bibliotheque Marmottan, Boulogne-Billancourt, Paris, France / Giraudon; (bottom) National Army Museum, London - p. 255: (top) Apsley House, The Wellington Museum, London, UK; (bottom) Private Collection / Photo © Christie's Images - p. 279: Private Collection / Photo © Bonhams, London, UK - p. 280/1: Hamburger Kunsthalle, Hamburg, Germany - p. 282/3: (bottom) Apsley House, The Wellington Museum, London, UK / © English Heritage Photo Library - p. 308: Musee de l'Armee, Brussels, Belgium / Patrick Lorette - p. 309: (top) Brown University Library, Providence, Rhode Island, USA - p. 309: (bottom) National Army Museum, London - p. 310/11: Palace of Westminster, London, UK - p. 312: Deutsches Historisches Museum, Berlin, Germany / © DHM - p. 337: (top) Musee de l'Armee, Brussels, Belgium; (bottom) © Royal Hospital Chelsea, London, UK - p. 338: (top) Pushkin Museum, Moscow, Russia; (bottom) De Agostini Picture Library / G. Dagli Orti.

OTRAS FUENTES: p. 4: Turner Worldwide / Sotheby's - p. 34: © INTERFOTO / Alamy - p. 37: (bottom right) Getty Images / ©The British Library Board - p. 58: (bottom left) © Musée historique de Lausanne; (bottom right) English Heritage / Mary Evans - p. 59: akg-images - p. 101: (bottom left) akg-images - p. 102: (top right) Getty Images / Art Media / Heritage Images - p. 151: (middle) © INTERFOTO / Alamy; (bottom) © INTERFOTO / Alamy - p. 152: bpk - p. 177: © RMN-Grand Palais (Château de Fontainebleau) / Gérard Blot - p. 204: (bottom left) © Paris-Musée de l'Armée, Dist. RMN-Grand Palais / Pascal Segrette - p. 205: painting hangs in The Great Hall, Edinburgh Castle / Reproduced by kind permission of Royal Hospital Chelsea / Photograph courtesy Eric Gaba, Wikimedia Commons - p. 225: (top right) © National Portrait Gallery, London - p. 226/7: © National Museums Scotland - p. 282/3: (top) akg-images / Erich Lessing - p. 342: © Rijksmuseum, Amsterdam.

Índice

| | |
|--|-----|
| Preámbulo | 11 |
| Prólogo | 17 |
| 1. ¡Fantásticas noticias! ¡Napoleón ha vuelto a desembarcar en Francia! ¡Hurra! | 27 |
| 2. ¡Napoleón me ha tomado el pelo, vive Dios! | 59 |
| 3. ¡El destino de Francia está en tus manos! | 87 |
| 4. <i>Avancez, mes enfants, courage, encore une fois, Français!</i> | 113 |
| 5. ¡Ah, ahora sí que son míos esos ingleses! | 145 |
| 6. Venida de sabe Dios dónde, una bala de cañón se nos echó encima y le voló la cabeza al hombre que teníamos a la derecha | 181 |
| 7. ¡Esas grandes botas de montar no están hechas para un terraplén! | 211 |
| 8. ¡Cómo luchan esos terribles pencos grises! | 247 |
| 9. ¡Nos hemos vengado! ¡Menuda carnicería! | 283 |
| 10. Las más bellas tropas del mundo | 311 |
| 11. ¡Defendedos! ¡Defendedos! ¡Nos atacan por todas partes! | 349 |
| 12. Después de una batalla perdida, no hay peor desgracia que una batalla ganada | 387 |
| Corolario: Aunque a tu lado caigan mil, y diez mil a tu diestra, a ti no ha de alcanzarte | 423 |
| Epílogo | 457 |
| Agradecimientos | 463 |
| Bibliografía | 465 |



«El campo de Waterloo», de J. M. W. Turner (aprox. 1833). El cuadro exagera deliberadamente lo escarpado de la ladera para remarcar lo pequeño que fue el campo de batalla.

Preámbulo

¿Por qué otro libro sobre Waterloo? Buena pregunta. La verdad es que no faltan crónicas de esta batalla. De hecho es uno de los choques militares más estudiados y que más ríos de tinta han hecho correr a lo largo de la historia. Desde el momento mismo en que bajara el telón de los acontecimientos vividos aquel espantoso día de junio de 1815, todos cuantos habían participado en la carnicería tuvieron claro que acababan de sobrevivir a un hecho extraordinariamente relevante, y en consecuencia esa certeza se materializó en la aparición de centenares de memorias y cartas consagradas a describir lo ocurrido. Sin embargo, es muy probable que el duque de Wellington estuviera en lo cierto al señalar que un hombre puede referir con tanta pasión lo que sucede en un baile como los pormenores de una batalla. Todas las personas que asisten a un baile nutren recuerdos distintos de lo acontecido, unos dichosos y otros decepcionantes (¿y cómo podría nadie, inmerso en el remolino de la música, el frufrú de los vestidos y el roce de los coqueteos, abrigar seriamente la esperanza de ofrecer un relato coherente y exacto de los hechos, del momento en que se produjeron y de a quién afectaron?). Sin embargo, la batalla de Waterloo es el acontecimiento decisivo con el que arranca el siglo XIX, y hombres y mujeres tratan desde entonces de brindarnos esa exposición congruente.

Hay un hilo conductor en el que todos concuerdan. Napoleón embiste contra el flanco derecho de Wellington en un intento de atraer las reservas de efectivos del duque a esa zona del campo de operaciones, y después lanza un ataque masivo contra el costado izquierdo de las fuerzas inglesas. Pero esa ofensiva fracasa. El segundo acto es el del tremendo asalto de la caballería napoleónica sobre el centro

derecha del ejército del duque, y el tercer acto, en el que irrumpen por el lado izquierdo de la escena los prusianos, es ya una última acometida a la desesperada cuyo protagonista es la hasta entonces imbatida Guardia Imperial. A esta trama principal pueden añadirse los argumentos secundarios de la arremetida contra la granja de Hougoumont y la toma de la Haie Sainte. Como marco narrativo, esta estructura tiene cierto mérito, pero la batalla fue mucho más compleja de lo que alcanza a sugerir esta sencilla sucesión de episodios. A los hombres que intervinieron en ella no les pareció en modo alguno simple, ni explicable, así que una de las razones que me han impulsado a escribir el presente libro ha sido la de tratar de transmitir al lector la sensación que debieron de tener ese confuso día todos cuantos se hallaban en el campo de batalla.

Quienes lograron sobrevivir a ese *maremágnum* debieron de quedar sin duda pasmados ante el argumento de que, en realidad, el choque de Waterloo no había sido tan importante, y de que, aun en el caso de que hubiera ganado, Napoleón habría seguido teniendo enfrente a un abrumador bloque de enemigos y sucumbido en último término a su empuje. Esto es probablemente cierto, aunque no podamos abrigar la certeza de que ése tuviera que haber sido por fuerza el curso de los acontecimientos. Si el Emperador hubiera conseguido abrirse paso y superar la cresta del Mont-Saint-Jean, rechazando a Wellington y obligándole a emprender precipitadamente la retirada, todavía habría tenido que vérselas con los poderosos ejércitos de Austria y Rusia, que ya marchaban sobre Francia. Y sin embargo, no fue eso lo que sucedió. Napoleón se vio frenado en Waterloo, y eso es justamente lo que confiere significación a la batalla. Constituye un punto de inflexión histórico, de modo que decir que la historia habría seguido en cualquier caso su curso no reduce la trascendencia del instante en el que se verificó ese vuelco. Hay batallas que no cambian nada, pero Waterloo lo modificó prácticamente todo.

La historia militar puede resultar desconcertante. Los números romanos (IV cuerpo del ejército) desfilan junto a los arábigos (3.^a división), y esas denominaciones tienden a adquirir un perfil borroso

en la mente de las personas ajenas a la formación marcial. He tratado de no provocar una excesiva confusión, aunque es posible que la haya terminado aumentando al emplear las palabras «batallón» y «regimiento» como voces sinónimas, cuando está claro que no lo son. El regimiento era una de las unidades administrativas del ejército británico. Había regimientos integrados por un único batallón, aunque la mayoría constaban de dos, siendo muy pocos los que disponían de tres o más. Resultaba extremadamente raro que dos batallones británicos pertenecientes al mismo regimiento combatieran hombro con hombro en una misma campaña, y de hecho en Waterloo sólo dos regimientos habrían de poder esgrimir esa peculiaridad. El primer regimiento de la Guardia de infantería envió al combate a su primer y su segundo batallones, mientras que el 95.º regimiento de fusileros puso sobre el terreno a sus tres batallones. En todos los demás casos, cada batallón era el único representante de su regimiento, de manera que si hago alusión al 52.º regimiento me estoy refiriendo en realidad al primer batallón de dicha unidad. A veces empleo el término «guardia» para mayor claridad, aunque en 1815 los integrantes de la tropa de base que pertenecían a la Guardia británica seguían recibiendo el nombre «soldados».*

Los tres ejércitos enemigos de Napoleón que se encontraban presentes en Waterloo se hallaban divididos en cuerpos, lo que significa que el ejército anglo-holandés y el ejército prusiano se repartían en tres cuerpos. Los franceses tenían cuatro, puesto que la Guardia Imperial, pese a no recibir el nombre de cuerpo, era efectivamente eso mismo. Un cuerpo de ejército puede ser cualquier contingente de tropas constituido por un número de soldados comprendido entre los diez mil y los treinta mil hombres, e incluso más, y se entendía que era una fuerza independiente, capaz de desplegar de manera autónoma su caballería, su infantería y su artillería. En los cuerpos se distinguían a su vez diferentes divisiones, y de ese modo el primer cuerpo del ejército francés constaba de cuatro divisiones de infante-

* La voz original es «private», soldado raso. (N. de los t.)

ría –integrada cada una de ellas por unos cuatro mil o cinco mil efectivos– y de una división de caballería compuesta por poco más de mil jinetes. Cada división poseía una unidad propia de apoyo artillero. Por su parte, las divisiones podían comprender varias brigadas, así que la segunda división de infantería del primer cuerpo del ejército constaba de dos brigadas, una formada por siete batallones y otra por seis. Los batallones se subdividían en compañías: los batallones franceses tenían ocho compañías y los británicos diez. El término que habrá de aparecer empleado con mayor frecuencia en este libro será sin duda el de «batallón» (aunque en ocasiones lo asimilemos al «regimiento»). El mayor batallón de la infantería británica presente en Waterloo se hallaba compuesto por más de mil hombres, pero los batallones normales contaban con unos quinientos hombres (y esto es válido para los tres ejércitos). En resumen, la jerarquía encadena los siguientes contingentes: ejército, cuerpo, división, brigada, batallón y compañía.

Es posible que a algún lector le ofenda el uso de la expresión «ejército inglés» cuando es obvio que se está haciendo referencia al ejército británico. Sólo he utilizado el término «ejército inglés» cuando éste aparece así en las fuentes originales, ya que he preferido no traducir la voz «*Anglais*» por «británico». No existía ningún ejército inglés, pero a principios del siglo XIX era una locución muy habitual en el habla común.

Las batallas de los días 16 y 18 de junio de 1815 ofrecen material más que suficiente para elaborar un magnífico relato. Es raro que la historia se muestre propicia a los escritores de novela histórica, ofreciéndoles un argumento claro con personajes que no sólo se revelen espléndidos, sino que además actúen en el marco de un período de tiempo bien acotado, de modo que no nos queda más remedio que manipular la historia a fin de elaborar tramas por cuenta propia y conseguir así que funcionen desde el punto de vista narrativo. Sin embargo, cuando escribí *Sharpe en Waterloo*,* el argumento que cons-

* Traducción de Montserrat Batista Pegueroles, Edhasa, Barcelona, 2002. (N. de los t.)

truí quedó casi enteramente desvanecido bajo el abrumador peso del fabuloso episodio de la batalla misma. Esto se debe sencillamente a que es un acontecimiento perfectamente literario, no sólo por los actores que combaten, sino por su estructura misma. El suspense es máximo. Por muy a menudo que lea relatos de lo sucedido ese día, el final es siempre de una intriga desbordante. La Guardia Imperial, jamás doblegada por nadie, trepa montaña arriba hasta superar el borde rocoso que la separa del punto en el que las maltrechas fuerzas de Wellington combaten prácticamente exhaustas. Al oeste, los prusianos desgarran el flanco derecho del ejército napoleónico, pero si la guardia logra quebrar las filas de Wellington, Napoleón tendrá tiempo suficiente para volver grupas y plantar cara a las tropas de Blücher que se les echan encima. El día es prácticamente uno de los más largos del año, quedan dos horas de luz, y eso debería bastar para que uno de los dos ejércitos termine aniquilado (o incluso para que perezcan ambos). Puede que ya conozcamos el final, pero como ocurre con todo buen relato, merece la pena releerlo.

Por eso me atrevo a presentar, una vez más, los lances de una batalla.

Prólogo

En el verano de 1814, su excelencia el duque de Wellington viajó de Londres a París para tomar posesión de su cargo como embajador británico en la corte del nuevo régimen de Luis XVIII. A primera vista, lo lógico habría sido esperar que optara por la ruta más corta, la que separa Dover de Calais, pero en lugar de eso, un bergantín de la Marina Real británica, el HMS *Griffon*, le llevó por el mar del Norte hasta Bergen op Zoom. Quería visitar el recién creado Reino de los Países Bajos (una extraña invención, parcialmente francesa, holandesa, católica y protestante, situada al norte de Francia). Las tropas británicas se hallaban acantonadas en la nueva nación en calidad de garantes de su existencia, y se le había solicitado al duque que inspeccionara las defensas que jalonaban la frontera con Francia. Le acompañaba en su misión Guille *el Flacucho*, conocido también como *Renacuajo* (el príncipe Guillermo, de veintitrés años, heredero del nuevo reino de Holanda que, debido a haber formado parte del Estado Mayor del duque en la península, se consideraba dotado de un cierto talento militar). Wellington dedicó quince días a recorrer las zonas fronterizas, sugiriendo que se restauraran las fortificaciones de un puñado de ciudades, pero es difícil pensar que se tomara verdaderamente en serio los vaticinios que auguraban la reanudación de la guerra con Francia.

A fin de cuentas, Napoleón había sido derrotado y enviado al exilio a la isla mediterránea de Elba. Francia volvía a ser una monarquía. La guerra había terminado, y en Viena los diplomáticos se afanaban ya en pergeñar un tratado concebido para rehacer las fronteras europeas y garantizar así que no estallasen nuevas contiendas capaces de asolar el continente.

Y es que Europa había quedado devastada. La abdicación de Napoleón había puesto fin a un conflicto de veintidós años iniciado a raíz de la Revolución francesa. Los viejos regímenes de Europa, las monarquías, se habían sentido horrorizados al conocer los acontecimientos ocurridos en Francia, conmocionados ante las ejecuciones de Luis XVI y su reina, María Antonieta. Y por eso, por temor a que las ideas de la revolución pudiesen prender en los países que ellos mismos gobernaban, los soberanos de Europa habían ido a la guerra.

Tenían la expectativa de una rápida victoria sobre los andrajosos ejércitos de la Francia revolucionaria, pero en lugar de un triunfo relámpago habían hecho saltar la chispa de una conflagración mundial en la que tanto Washington como Moscú habían sido pasto de las llamas. Se había combatido en la India, Palestina, las Indias Occidentales, Egipto y Sudamérica, pero la peor parte se la había llevado Europa. Francia logró sobrevivir a la masacre inaugural y del caos de la revolución surgió un genio, un caudillo militar, un Emperador. Los ejércitos de Napoleón destrozaron a los prusianos, a los austríacos y a los rusos, y marcharon desde el Báltico hasta las costas meridionales de España, con una traca de victorias que acabó elevando a los tronos de media Europa a los incapaces hermanos del Emperador. Habían muerto millones de personas, pero habiendo transcurrido ya dos décadas desde aquellos estallidos, ahora todo había acabado. El jefe militar había sido arrojado a una prisión.

Napoleón había dominado Europa, pero existía un enemigo al que nunca se había enfrentado y al que por tanto no había logrado derrotar: el duque de Wellington, cuyo prestigio militar únicamente cedía ante el del mismísimo Napoleón. Arthur Wesley, pues así se llamaba, era el cuarto hijo del conde y la condesa de Mornington. La familia Wesley formaba parte de la aristocracia anglo-irlandesa, así que Arthur había pasado buena parte de su juventud en Irlanda, su tierra natal, aunque habría de recibir prácticamente toda su educación en Eton, institución en la que no fue feliz. Su madre, Anne, se desesperaba con él. «No sé qué voy a hacer con mi desmañado hijo Arthur», se lamentaba, pero la respuesta —como ocurría con muchos de los benjamines de la nobleza— pasaría por conseguirle un puesto

en el ejército. Se iniciaba así una carrera extraordinaria, ya que el inepto Arthur no tardó en descubrir que poseía un peculiar talento para la vida soldadesca. El ejército reconoció rápidamente esas dotes y supo recompensarlo. Su primera misión consistió en capitanear una unidad en la India, país en el que conseguiría una pasmosa serie de victorias. Poco después se le reclamaba desde Gran Bretaña para confiarle el mando de la pequeña fuerza expedicionaria que intentaba evitar que los franceses ocuparan Portugal. El reducido contingente inicial creció hasta convertirse en la poderosa tropa que liberó a Portugal y a España de la dominación gala e invadió el sur de Francia. Cosechó victoria tras victoria. Arthur Wellesley (la familia había transformado así el apellido «Wesley») terminaría convirtiéndose en duque de Wellington y sería reconocido como uno de los dos militares más relevantes de la época. El zar de Rusia (Alejandro I) dio en llamarle «*Le vainqueur du vainqueur du monde*», es decir, el conquistador del conquistador del mundo, y ese conquistador del mundo, como es obvio, era Napoleón. Lo curioso era que en veintiún años de guerra el duque y el Emperador no se hubiesen enfrentado nunca.

Se producían constantes comparaciones entre el duque de Wellington y Napoleón. Sin embargo, en 1814 le preguntaron si lamentaba no haber entrado nunca en batalla con Napoleón, a lo que el inglés respondió: «En absoluto, me alegra mucho no haberlo hecho». Wellington despreciaba a Napoleón como hombre, pero le admiraba como soldado, y admitía que la sola presencia del Emperador en el campo de batalla proporcionaba al ejército el empuje de cuarenta mil hombres. Por otra parte, el duque de Wellington era consciente de no haber perdido nunca una batalla —cosa que también le diferenciaba de Napoleón—, pero sabía que un enfrentamiento con el corso podía perfectamente significar la pérdida de tan extraordinaria marca.

No obstante, en el verano de 1814 nadie podía reprocharle al duque que pensara haber dejado definitivamente atrás sus días de lucha. Sabía que los empeños bélicos se le daban bien, pero, a diferencia de Napoleón, él nunca se había deleitado con los combates. La guerra era una lamentable necesidad. Si se revelaba preciso librarla, lo lógico era hacerlo con la máxima eficiencia, pero el objetivo de

toda guerra era la paz. Ahora había pasado a ser un diplomático, así que no se consideraba ya un general. Sin embargo, como ya se sabe, es muy difícil desprenderse de las viejas costumbres, así que mientras recorría con la comitiva que le acompañaba el recién creado Reino de los Países Bajos, el duque de Wellington no dejaba de consignar en su libreta un gran número de emplazamientos que, según señala, ofrecían una «buena posición para un ejército». Una de esas buenas posiciones era la de un valle que a los ojos de la mayor parte de la gente presentaba simplemente el aspecto de una extensión de tierras de cultivo totalmente anodina. Wellington siempre había tenido buen ojo para elegir el terreno en el que librar una batalla, para saber juzgar acertadamente la ayuda o las dificultades que podían plantear a un hombre que se hallara al frente de un contingente de tropa las pendientes, los valles, los ríos y los bosques, y algo en esa vaguada situada al sur de Bruselas le había llamado la atención.

Era un valle ancho y sus laderas no mostraban una inclinación excesivamente pronunciada. En la cresta montañosa que constituía la linde meridional del valle se levantaba una pequeña taberna de carretera llamada La Belle Alliance, algo así como «La hermosa amistad». En casi toda su longitud, la altura de esa cresta era superior a la del caballón montañoso del extremo norte de la hondonada, que se elevaba unos treinta metros por encima del suelo del valle, aunque la pendiente no era en ningún caso fuerte. Ambas crestas no corrían en direcciones paralelas. En algunas zonas se hallaban bastante próximas, aunque en el punto en el que la carretera enfilaba al norte, pasando de un borde de la escarpadura al otro, la distancia entre las dos era de unos mil metros, algo más de media milla. Se trataba de un kilómetro de buena tierra de labranza, y en el verano de 1814, fecha en la que el duque pudo contemplar por primera vez el valle, debía de hallarse cubierta de los altos tallos del centeno que se cultivaba a ambos lados de la carretera, enormemente frecuentada por las carretas que transportaban el carbón procedente de las minas situadas en los alrededores de Charleroi y lo llevaban hasta los hogares de Bruselas.

Pero el duque vio mucho más que eso. La carretera era una de las principales vías de conexión entre Francia y Bruselas, de modo

que, si volviera a estallar una guerra, podría ser una potencial ruta de penetración para el enemigo. Un ejército francés que se dirigiera al norte por esa carretera tendría que atravesar la cresta meridional a la altura de la taberna y desde allí podría contemplar el valle que se extiende ladera abajo. También podría ver las anfractuosidades septentrionales de la vaguada. Sin embargo, las palabras «cresta» o «anfractuosidad» son demasiado fuertes en este caso: lo que habrían podido ver sería una carretera recta que desciende suavemente hasta el fondo del valle para ascender después, de forma igualmente suave, por el vasto pedazo de tierras de labranza que parchea la ondulación geográfica del norte. Imaginémosnos que esa ondulación fuera un muro y coloquemos ahora tres bastiones a lo largo de ese muro. Al este había una aldea de casitas de piedra acurrucadas en torno a una iglesia. Si un contingente de tropa ocupara esas casas, junto con las granjas adyacentes al pueblecito, la tarea de expulsarlo de ahí resultaría titánica. Más allá de las construcciones de piedra, el terreno comenzaba a mostrarse más rugoso, las colinas se empinaban y los valles dibujaban una hendidura más profunda, de modo que no quedaba espacio para que un ejército pudiese maniobrar, lo que convertía la aldea en una especie de fortaleza anclada en el extremo oriental de la ondulación de marras. En el centro de la eminencia montañosa, ladera abajo y a medio camino del hondón del valle, se avistaba una granja llamada La Haie Sainte. Era un conjunto de edificios consecuente, también de piedra, y la vivienda, los graneros y el patio aparecían ceñidos por una elevada tapia pétreo. La Haie Sainte bloqueaba todo ataque que pudiera llegar directamente por la carretera. Por otra parte, más lejos, al oeste, se elevaba una gran mansión provista de un jardín custodiado por una verja: el Château Hougoumont. Esto significaba que el reborde rocoso del límite norte del valle constituía en realidad un obstáculo dotado de tres bastiones en su periferia: la aldea, la granja y la residencia señorial. Supongamos ahora que un ejército procedente de Francia se propusiera tomar la ciudad de Bruselas. En tal caso, esa elevación montañosa, con sus bastiones, se interpondría en su avance y lo frenaría. El enemigo se vería ante un dilema: o bien se animaba a conquistar esos baluartes o bien optaba por hacerles

caso omiso. Ahora bien, en esa segunda eventualidad, las tropas del ejército invasor quedarían comprimidas entre los tres parapetos mencionados cuando atacaran el ascenso de la cresta norte en su arremetida, exponiéndose peligrosamente a los efectos de un fuego cruzado.

Los ocupantes podrían ver la cresta y sus fortines, pero tan importante como lo que divisaban era lo que permanecía oculto a sus ojos, es decir, todo cuanto se hallaba al otro lado de la cresta rocosa del borde septentrional del valle. Podrían detectar las copas de los árboles que hundían sus raíces en la campiña situada más allá de ese límite norte, pero el suelo de las tierras que se extendían a ese lado de la cresta quedaría invisible, de modo que si ese ejército francés decidiera atacar a un contingente de tropa acantonado en la rugosidad septentrional del valle, se vería obligado a hacerlo sin tener ni idea de lo que pudiera suceder en esa lejana pendiente escondida. ¿Estaban los defensores trasladando tropas de refuerzo, haciéndolas bascular de un flanco a otro? ¿Habían decidido gestar un reagrupamiento de efectivos con vistas a lanzar un ataque? ¿Se hallaba la caballería aguardando para intervenir sin que el enemigo tuviera noticia de su presencia? Pese a ser bastante baja y de suave pendiente, la cresta constituía un obstáculo engañoso. Ofrecía enormes ventajas a un ejército que deseara defender su posición. Como es obvio, el enemigo no tenía por qué mostrarse solícito con los planes de su oponente y efectuar por tanto una simple arremetida frontal. Podía tratar de rodear el costado oeste de la cresta, ya que en esa zona el terreno era más llano, pero, aun así, el duque de Wellington tomó mentalmente nota del emplazamiento. ¿Qué le indujo a hacerlo? Hasta donde le era dado saber —de hecho, hasta donde alcanzaba el conocimiento del conjunto de Europa—, la guerra había terminado. Napoleón se hallaba en el exilio y en Viena los diplomáticos se afanaban por establecer las claves de la paz... Sin embargo, el duque consideró oportuno guardar en la memoria este lugar en el que un ejército invasor que partiera de Francia con intención de dirigirse a Bruselas tendría que enfrentarse a un sinfín de circunstancias estratégicamente dispuestas para hacerle la vida terriblemente difícil. No era en modo alguno la única ruta que podía elegir un ejército invasor, y desde luego tam-

poco sería la única posición defensiva que el duque habría de anotar en las dos semanas que iba a dedicar al reconocimiento del terreno, pero lo cierto es que aquella cresta y sus bastiones se hallaban en una de las rutas de penetración que podía seguir un hipotético contingente francés.

Wellington continuó cabalgando y pasó al otro lado de La Haie Sainte hasta encontrar una encrucijada en lo alto de la cresta y, un poco más allá, una aldeíta. Si el duque hubiera preguntado por el nombre de aquel lugar le habrían dicho que se le conocía como el Mont-Saint-Jean, lo cual resultaba un tanto divertido, dado que el susodicho monte no era más que la suave ondulación que acababa de percibir entre los extensos campos de centeno, trigo y cebada. Al norte del pueblecito, la carretera desaparecía en la espesura del gran bosque de Soignes, y un par de kilómetros más adelante había una pequeña población, un caserío anodino más, pese a contar con una iglesia provista de una espléndida cúpula, además de una buena cantidad de posadas para los sedientos y asendereados viajeros. En 1814, la ciudad apenas contaba con dos mil almas, aunque eso no había impedido que sus habitantes perdieran a veinte jóvenes en las largas guerras padecidas, todos ellos caídos por Francia, puesto que se trataba de la zona francófona de la provincia de Bélgica.

No sabemos si en el verano de 1814 el duque se detuvo o no en la localidad. Lo que sí sabemos es que se fijó en las características del Mont-Saint-Jean. Ahora bien, ¿reparó en la vecina población de magnífico templo y lujosas tabernas? ¿Grabó ese lugar en la memoria?

Con el tiempo iba a recordarlo para siempre.

Se llamaba Waterloo.